

«Más cornás da el hambre»

Manuel García Cuesta, 'El Espartero'

**E**s menester apuntar que más que corridas, celebran capeas y charlotadas para los señoríngos profesionales de la política (y algún que otro encierro en el mentidero de las instituciones). Avanza la cuadrilla hecha un pinsé por el paséillo del monopolio ridículo con aires de porcentaje consentido. La banda de música que ameniza –y amenaza– el espectáculo interpreta, con tonillo altivo de copla y pasodoble, la melodía de 'El Padrino'. La partitura ha sido adaptada para la ocasión por el maestro D. Luis Cobros mediante adjudicación directa. La interpretación hace temblar el corazón de más de un aficionado, del matador y en particular produce tiritones en las arcas públicas. Suena el clarín y comienza la reventa que revienta la sociedad del bienestar y la envía con plazo de ejecución inmediato al patio del desolladero.

Al frente progresa el elástico y placeado diestro capote al hombro, un artista del engaño supremo, un ladrón de tronío y guante blanco que taponan oídos y dignidad con lúbrico parné. No precisa ni vitores ni crítica; sus querencias naturales son de otra índole: guarismos empitonados de ceros, los únicos redondeles que sopesa. En la taleguilla esconde pliegos de condiciones que truecan la seda por percal, contratos afeitados y plicas amañadas. Para él no hay valor, solamente precio y comisión. A su derecha desfila un voluntarioso picador tocado con un castoreño de cartón-piedra: un estómago agradecido. Esconde un maletín sobarcado y enarbola el cartel de «no hay billetes»; lo mismo que argumentan –siempre al quite– los alcaldes cuando se plantan ante los patriarcas de los arrabales de poco calado electoral. A la siniestra del lidiador, torciendo el gesto, un siniestro banderillero de arboladura generosa se doctora en las suertes de sobaquillo y pagaré. Más falsos que una castañeta, no tienen nada suyo, todo es robado. Ojú, ¡qué estampa!

De esta guisa y ambiente los capitalistas opositan junto al portón de los sustos para llevar en hombros al matador hacia la gloria del dinero fácil, el de los demás. Los aguilillas de la banca engrosan dividendos a base de interés franchute. Facturan codiciosas burbujas inmobiliarias, que revientan como bombas de racimo. La usura desahucia muertos en vida y enfermos crónicos sin paliativo, que vagan por las calles con una mano delante y otra detrás. Son los zombis de la economía, los abiertos en canal por las financieras, los marcados a hierro y fuego debido al peso de las cuotas. Por otro lado, los ventajistas adornan las coloristas listas electorales y los carteles de campaña. Se reinven-

tan a sí mismos sin despeinarse (yo, yo y yo) en un acto pimpan-te de fe televisiva y audiencia. Son los caníbales de la política, los nuevos sementales de la ideología, los que esperan el cambio de tercio y así tomar el

poder por los cuernos.

Después de la gran faena desde el tendido 7 llueven almohadillas, cae en picado la Bolsa y suben las hipotecas (6 puntos 6). La actuación de 'El Niño de la Crisis' divide la opinión del res-

petable: clamor sibilino de manos al frotarse, bronca sonora de los isidros y abucheos del resto de la afición. El embroque está servido: «¡Maestro, ole tus redaños!». Le bufan los sobrereros desrazados sin reata, los parados, los

## RELATOS DE VERANO

JUAN JESÚS BARQUERO BAENA

## LA FAENA NACIONAL



:: ILUSTRACIÓN CARLOS HERNÁNDEZ

que no se arrancan de la cola de las oficina de empleo, los que rizan el rizo con presupuesto cero, los novillos de la generación 'nini' de porvenir entre alazán y zaíno.

«¡Ole, maestro, ole!». Le citan salivados de ironía los miuras antisistema, los últimos del Movimiento que tumbados ocuparon las plazas sin arena, los indignadísimos manolos desarrapados del siglo XXI, los del arreón fácil «no violento» lidiados porrazo va, bolazo viene.

«¡Maestro, ole, ole y ole!». Le braman con sarcasmo los victoriosos, la comunidad de sabios e intelectuales, los pregonaos del cambio, los que reaccionan con inteligencia a los garapullos de los dirigentes, los que no ofrecen sólo protestas, sino propuestas.

«¡Quillo, qué arte tienes!». Le mugen con humillada entrega los que doblan manos, los gregarios, los que se dejan llevar por la manada, los cabestros cargados de jindama y de conciencia proletaria.

Los cronistas, al percibir la noticia, cargan la suerte de la pluma: la revolución taurina está en marcha. Por una vez el corral unánime se ha puesto de acuerdo y una masa coral de bureles, aunque diverja en el sentido, converge en el vocablo. Con la armonía de la disparidad, la rondalla de astados entona al unísono: «¡Maestro, te has superao, ole tus cohenes!». Y con más miedo que vergüenza el lidiador busca nervioso un burladero, pero están de bote en bote atestados de aguilillos, cuadrillas, capitalistas, aguilillas y ventajistas: ¡sálvese quien pueda!

«Ay, burladero burlón que no te dejas querer», rumia el torador. El tarro de las esencias se ha evaporado y no le queda alternativa. De gesto serio y ausente clava el estoque en el albero, se aprieta los machos y afloja el corbatín («cagoentó»). Con más fe que El Platanito, intenta un desplante torero y solícito ruega el indulto, pero la jauría de morlacos hace caso omiso al engaño y no hay mayoral que la detenga. El figura sale arrollado por la Puerta Grande y la muleta ya sólo sirve de mortaja. Todo concluye de la única forma posible, o como sentenciarían lapidarios los del círculo taurino: Puerta..., Camino... y Mondeño.